

SANGRE Y TINTA



Lola Alarcía

© Lola Alarcia, 2025

Registro de la Propiedad Intelectual – N° 14/2025/419

Primera edición digital · Octubre 2025

**Diseño de portada y edición digital: Lola Alarcia / Infinitos
Monos**

Imagen generada con IA (DALL·E) y adaptada por la autora.

**Este fragmento se ofrece como muestra gratuita para lectores
interesados.**

Todos los derechos pertenecen a la autora.

**No se permite su reproducción total o parcial, ni su distribu-
ción con fines ajenos a este propósito, sin autorización previa
y por escrito, conforme a la Ley de Propiedad Intelectual
(Real Decreto Legislativo 1/1996).**

**Si deseas leer la novela completa, puedes solicitarla directa-
mente a la autora mediante mensaje privado.**

Estaré encantada de enviártela.

Lola Alarcia
SANGRE Y TINTA

Infinitos monos

Sangre y Tinta

LOLA ALARCIA

El polvo era espeso, el olvido denso, y el moho tenía la arrogancia de quien ha ganado una guerra sin testigos. Maeve se detuvo en el umbral de la biblioteca más grande que jamás había visto. Era suya, como todo el castillo. Pero más que un legado, le parecía una condena escrita en piedra.

No era la primera vez que se preguntaba por qué su padre le había dejado ese lugar, ni por qué había desaparecido allí dejando solo un testamento y un diario lleno de frases inconclusas. Lo único que sabía era que el silencio del castillo parecía consciente, como si alguien —o algo— llevara años esperando a que ella abriera la puerta.

Las estanterías eran huesos: altas, torcidas, oscuras. Se curvaban bajo el peso de los libros, vencidas por los años. Maeve avanzó despacio; la alfombra marchita apagaba sus pasos. Se sintió observada. No por ojos, sino por ideas: páginas no leídas que pedían atención como niños abandonados.

En el centro, una mesa cubierta de libros abiertos y otros amontonados sin orden. Parecía que alguien invisible los había dejado así, a mitad de un pensamiento. Maeve pasó los dedos por un lomo cercano: estaba frío, áspero, y temblaba bajo su tacto.

Había llegado apenas un día antes, y ya sentía que el castillo no la observaba: la reconocía. Como si recordara cosas que ella aún ignoraba de sí misma. El aire olía a papel viejo y cera derretida, con un fondo rancio, profundo, como si el tiempo hubiera fermentado entre las paredes.

Se detuvo frente a una estantería combada. Entre dos volúmenes gigantescos, como una pieza de ajedrez fuera de lugar, asomaba un librito. Su título, medio borrado por el polvo, aún se distinguía: Los versos de la noche.

Al tocarlo, una chispa le recorrió la mano.

Lo abrió con cuidado. La cubierta crujió, como si el libro despertara de un sueño muy largo. En la primera página, un poema manuscrito la detuvo:

En la penumbra hallarás la verdad,
pero teme a lo que la luz pueda revelar;
pues en las sombras, los ojos te siguen,
y en la penumbra, lo escucharás respirar.

No parecía una advertencia, sino algo escrito para ella. Como si alguien la hubiera estado esperando para mostrarlo. Maeve

alzó la vista: las lámparas apenas oscilaban, pero las sombras se acercaban. El lugar estaba lleno de libros olvidados, promesas que nadie cumpliría si no se abrían.

Lo cerró y una nube de polvo la envolvió, haciéndola toser. Lo devolvió a su sitio y le dio la espalda. El poema había alterado su calma. Se sentía extraña desde que abrió el primer libro, como si hubiera tocado un hilo prohibido: la tela de una araña que aguardaba a su polilla. No quería ser esa polilla. Siguió su camino, decidida a leer otro libro para ahuyentar el miedo.

Algunos libros no tenían título; otros habían perdido el color de sus cubiertas, y unos pocos conservaban nombres apenas legibles, escritos con letras gastadas por los años.

Tomó uno al azar. Las páginas crujieron, como si el libro rugiera tras un largo sueño. La letra temblorosa la inquietó: faltaban muchas hojas, arrancadas con descuido. Maeve frunció el ceño. ¿Quién haría eso con un libro?

Algo se movió detrás de ella. Un golpe leve. Se volvió: nada. Solo oscuridad.

Pasó las páginas sin pensar. Historias incompletas, finales perdidos. Lo cerró y lo devolvió a su sitio.

Tomó otro libro, delgado y encuadernado en cuero resquebrajado. Lo abrió con cuidado... y no encontró nada. Todas sus páginas estaban en blanco: sin manchas,

sin líneas, sin historia. Como si nunca hubiera sido escrito. Al tocar la última hoja, un estremecimiento le recorrió la piel. No era miedo, sino la punzada de quien recuerda haber olvidado algo esencial.

Lo cerró de golpe, como si el silencio también pesara.

Tomó un libro más pesado. Sus páginas amarillentas crujieron al abrirlo. Entre ellas asomaba una nota blanca, arrugada, escrita con letra apresurada. Le costó descifrarla hasta que las palabras cobraron sentido:

Las paredes no pueden contenerlo todo.

Tal vez las paredes no hablaban, pero sabían escuchar. Aquel mensaje no era casual: alguien —o algo— lo había dejado allí para ella, justo cuando estaba lista para leerlo.

Escuchó pasos a su espalda. El corazón le dio una sacudida. Apretó la nota entre los dedos, sin apartar la vista de las palabras. La aterraba más su certeza que el mensaje en sí.

Entonces recordó el poema: “En la penumbra, lo escucharás respirar.” No lo oyó, lo sintió: una presión leve, intermitente, detrás de la nuca. Una presión leve, intermitente, justo detrás de su nuca. Como si algo —alguien— exhalara muy cerca, separado de ella solo por el grosor de un recuerdo.

Miró a su alrededor.

No había nadie.

El aire de la biblioteca se volvió espeso. Le costaba respirar; el corsé se le clavaba en la cintura. Los libros no podían verla, pero algo la miraba. ¿Qué querían? ¿Quién había dejado aquella nota?

El miedo le nubló la mente, aunque no se dejó arrastrar. Trató de convencerse de que todo era una coincidencia. ¿Por qué pensaba que esa nota era para ella? Ni siquiera sabía cuánto tiempo llevaba allí. Pero la letra le resultaba familiar. Demasiado familiar. Casi podía reconocerla: la de su padre.

La apartó con manos temblorosas y cerró el libro con brusquedad, como si aplastara al propio miedo. La biblioteca había perdido su encanto. Las sombras parecían vivas, y el silencio, antes amable, era ahora sofocante.

Maeve miró a su alrededor. Algo la observaba, lo sentía con cada fibra. Respiró hondo y salió con las manos vacías. Solo deseaba oler el aire de los pinos del jardín. Pero sabía —como quien sabe que la noche llega aunque cierre los ojos— que aquel lugar aún no había terminado con ella.

El aire fuera del castillo no era más limpio, solo más honesto.

Maeve caminó por el jardín sin rumbo, los brazos cruzados bajo la capa, los

pensamientos girando como hojas en una tormenta de polvo. El viento olía a pino y tierra húmeda, al tipo de otoño que observa en silencio.

Cruzó un seto vencido. Y allí lo vio.

Estaba sentado en un banco de piedra, bajo la sombra de un árbol esquelético, con una taza entre las manos y un libro abierto sobre las rodillas. No parecía notar su presencia, ni la de nada más en el mundo. Leía con una concentración extraña: no la del estudio, sino la de quien lee para sobrevivir.

Maeve se detuvo a una distancia prudente. El aire vibraba a su alrededor con una calma ensayada.

—¿Siempre es así de acogedor el jardín? —preguntó.

El hombre alzó la mirada, despacio. Sus ojos eran de un color difícil. No gris, no verde, sino algo entre ambos, como el mar cuando decide no reflejar el cielo. La observó sin moverse, y por un instante Maeve creyó haberse equivocado, haber interrumpido la rutina de un espectro.

—Solo en otoño —respondió con voz grave, cortés—. En invierno se vuelve introspectivo. Una pausa.

—¿Es usted la hija del señor Braonáin?

Ella asintió.

—Maeve Ni Braonáin.

—Ewan MacDhùghaill —dijo, cerrando el libro con una suavidad casi reverencial. Tenía tinta oscura en la yema del pulgar y un pequeño corte antiguo en la muñeca: la marca de alguien que pasa más horas con papel y madera que con gente—. Disculpe no haber estado presente a su llegada. No sabía que ya... —hizo un gesto vago hacia el castillo, como si la palabra habitado no le pareciera del todo adecuada— ...estaba aquí.

—Llegué esta mañana — respondió ella, sin disimular el cansancio—. El castillo me ha tenido entretenida.

Él sonrió apenas, no con los labios, sino con la línea de las mejillas: más el recuerdo de una sonrisa que la sonrisa misma.

—Tiene ese efecto. Parece que siempre hay algo por descubrir.

Maeve lo observó. No era joven en el sentido habitual: tenía esa juventud que ya ha hecho las paces con la vejez, el tipo de rostro que el tiempo afila como una estatua olvidada que cada tormenta esculpe un poco más.

—¿Sigue trabajando aquí? —preguntó, aunque ya lo sabía; había leído su nombre en una carta, su caligrafía entre las notas de su padre.

—Desde hace algunos años —respondió él—: restauración, catalogación, revisión estructural. En los últimos meses, sobre todo,

custodia. Las casas enferman —añadió sin mirarla—. A veces solo necesitan orden; otras, memoria.

—¿Custodia de qué?

Ewan sostuvo su mirada un instante antes de bajar los ojos hacia la taza.

—No me haga caso. Aunque su padre no esté, siento que debo terminar lo que empezamos.

El silencio que siguió flotó, leve, entre ambos.

Maeve se sentó en el otro extremo del banco.

—¿Le molesta si me quedo un momento?

—Por supuesto que no —respondió él—. Ahora usted es la señora del castillo.

Maeve miró el libro cerrado entre sus manos.

—¿Qué leía?

—Cartas. Dos hermanas del siglo XIX que dejaron de escribirse por una disputa menor. Una heredó una casa como esta; la otra murió en una pensión de Marsella. Las cartas nunca se enviaron, pero alguien las guardó igual.

Maeve bajó la vista. El viento trajo una hoja seca que se enredó en su pelo. Ewan, sin pensar, estiró la mano para apartarla.

Se detuvo a medio gesto.

Ella lo miró.

Todo el jardín pareció contener el aliento ante un gesto que no llegó a completarse.

—Perdón —dijo él, retirando la hoja con delicadeza.

—No hay nada que perdonar —respondió Maeve—. A veces el viento es caprichoso.

Siguió una pausa larga, de esas que solo ocurren entre personas que aún no saben si son aliadas, adversarios o futuros amigos.

—Le dejaré su banco —dijo ella, incorporándose.

—No es mío —respondió él, sin moverse—. Nada aquí lo es. Solo pasamos por él antes de que lo reclame el musgo. Acarició con el dorso de la mano el respaldo del banco, como si la madera hablara.

Maeve asintió y dio un paso atrás.

—Mi padre le tenía en alta estima —dijo—. Lo mencionaba con respeto, y eso no era habitual en él.

Ewan la miró, como si quisiera responder, pero guardó silencio.

Ella lo dejó en su jardín de otoño, a solas con sus cartas, su taza y sus pensamientos. Pasó la tarde en el despacho de su padre, sin hallar nada. Una criada la avisó de la cena.

Los últimos rayos del sol apenas alcanzaban los muros del comedor cuando Maeve entró.

Era una sala enorme para una sola persona. Los retratos de los antepasados la

observaban como si conocieran un secreto que ella ignoraba. La mesa, larga como un ataúd ceremonial, estaba dispuesta para una única comensal.

Dos criados en uniforme oscuro se movían en silencio, sirviéndole sin preguntar. Maeve agradeció con un leve gesto. No conocía sus nombres ni las costumbres del lugar.

La comida olía a vida: sopa de castañas, pan con mantequilla, carne especiada. Agradeció el calor.

Miró alrededor, esperando compañía, pero la silla frente a ella seguía vacía.

—¿El señor MacDhùghaill no cena aquí? —preguntó.

El criado más viejo, de bigote triste, vaciló antes de responder:

—Solía hacerlo. Cuando el señor Ó Braonáin aún estaba entre nosotros.

—¿Y ahora?

—Cena en la biblioteca, señora. A veces también almuerza allí.

La cuchara tembló entre sus dedos.

—¿Siempre solo?

—Desde que desapareció el señor —respondió el criado, con una neutralidad tallada por los años—, el señor MacDhùghaill prefiere la compañía del papel.

Maeve no respondió. Partió el pan. La miga, blanca y perfecta, guardó silencio.

Pensó en llevar el plato con ella. No por cortesía ni por inquietud, sino porque la idea de dos personas cenando en habitaciones distintas del mismo castillo le pareció antinatural.

Pero no se levantó.

Permaneció en su sitio.

No por indiferencia. Sino porque algo dentro de ella, algo aún no nombrado le decía que algunos silencios debían ser respetados. Sin interrupciones. Sin desafíos. Solo comprendidos.

Amanecía cuando abrió los ojos. Se aseó y vistió con prisa; una criada le llevó el desayuno a la alcoba y Maeve lo devoró con ansiedad. Antes de que se marchara, le dijo:

—Mañana desayunaré en el comedor. Gracias.

Después decidió visitar el desván.

Subió las escaleras entre el solemne crujido de las maderas, poco acostumbradas a ser pisadas. Se encontró en una sala inmensa, un lugar olvidado por la luz, que se extendía ante ella como la memoria de una casa que nunca fue suya.

Alzó la lámpara de aceite. La llama temblorosa arrancó figuras breves de las sombras: muebles cubiertos, cajas a medio cerrar, telas que parecían respirar.

El suelo crujía con cada paso. El aire tenía sabor a encierro. Y, aun así, algo en aquel lugar no dormía.

Caminó sin saber hacia qué. En una esquina oscura, medio oculta por una caja caída, vio una pequeña caja de madera. No estaba cerrada. La abrió con cuidado.

Dentro, bajo unas cartas amarillentas y un peine roto, descansaba una piedra: lisa, negra, del tamaño de una nuez.

Al tocarla, sintió un tirón, como si una corriente le recorriera la columna. No era frío, sino una vibración interior. Una memoria que no era suya.

La sostuvo entre los dedos. La piedra absorbía la luz sin reflejarla, como si guardara un vacío demasiado denso. Su pulso empezó a acompasarse con algo que no tenía corazón.

La guardó en el bolsillo. No por razón, sino por impulso. Por miedo.

El castillo empezaba a parecerle hostil. No solo por lo que ocultaba, sino por lo que le exigía.

Su padre había vivido allí de niño, y regresó después. Según su diario, volvió porque no pudo evitarlo. Maeve sintió que la historia se repetía: un mecanismo antiguo que se activa cuando alguien lo mira demasiado tiempo.

Un ruido detrás la hizo girarse. Una ráfaga

de viento cruzó la sala y la puerta del desván se cerró de golpe. Corrió hacia ella: seguía abierta. El castillo no la retenía todavía, pero jugaba. Bajó las escaleras sin mirar atrás. Lo que fuera que la acompañaba desde la biblioteca se había quedado allí arriba. Por ahora.

A la mañana siguiente volvió al desván. Quedaban cosas por descubrir.

Mientras revisaba un cajón en una cómoda cubierta con sábanas, sus dedos rozaron algo suave: un pañuelo de mujer. Dentro, una caja pequeña de madera oscura y desgastada. La abrió.

Encontró una pila de papeles doblados, viejos y manchados por la humedad. Desplegó uno con manos temblorosas

“Querido Ewan,

Si estás leyendo esto, significa que no he regresado. No lo haré. No por voluntad propia.

El castillo no es un edificio. Es una conciencia incrustada en la piedra, una herida viva. Absorbe. Recuerda. Y cuando alguien lo habita... lo prueba.

No sé qué lo activa. Tal vez la memoria. Tal vez el dolor. Tal vez ciertas personas.

Encontré algo aquí. Una piedra negra. Parecía una piedra, pero no lo era. Me mostró cosas. No con imágenes, sino con emociones. Con hambre.

Desde entonces nada fue igual. Oía mi voz

diciendo cosas que no creía. Escribía frases que no recordaba haber pensado. Soñaba con pasillos que no existían. Hasta que los encontré.

Maeve... ella está unida a todo esto. El castillo la reconocerá. Tal vez la tema. Tal vez la reclame. Me aterra traerla, y al mismo tiempo creo que debe estar aquí.

Protégela si puedes. Pero no la subestimes. Ella es más fuerte que tú o yo.

Entrégale el diario. Y si ella alguna vez duda de quién es, recuérdale lo que le decía de niña: tu imaginación no es una debilidad. Es un fuego."

"Qué daría por ver tu sonrisa otra vez, mi niña."

Maeve no lloró. No aún. Pero sintió abrirse una grieta antigua, como si al fin se abriera lo que nunca terminó de cerrarse.

Cerró la carta con cuidado, temiendo que el papel se deshiciera. Si esas palabras eran las últimas, debían quedarse completas.

Volvió a mirar la caja donde había encontrado la piedra. El corazón le latía con fuerza.

No dejes que te haga lo mismo. La frase resonaba en su mente. No sabía si era su padre quien la decía... o el castillo.

Recogió todo y bajó. El pasillo estaba en penumbra. Caminaba despacio, con el pulso desbocado. En el bolsillo, la piedra parecía más pesada, como si se alimentara de cada latido.

No fue a su habitación: necesitaba respuestas. Se dirigió a la biblioteca y empujó la puerta sin llamar. Ewan estaba allí, inclinado sobre una mesa llena de papeles. La lámpara proyectaba sombras suaves sobre los estantes. Parecía una pintura antigua: un hombre buscando respuestas en los restos de otros hombres.

—Necesito hablar con usted —dijo Maeve.

Él se volvió, sin sorpresa, como si la hubiera presentado.

—¿Encontró algo interesante?

—Una carta de mi padre. Para usted.

Ewan frunció el ceño y dejó la pluma con cuidado. La habitación pareció contraerse, el aire pegado a las paredes.

Maeve se acercó, sacó la piedra del bolsillo y la mostró en la palma.

—¿Ha visto esto antes?

Ewan palideció. No como quien ve un monstruo, sino como quien lo recuerda.

—No directamente —murmuró—. Pero su padre me la describió: una piedra negra, lisa, densa. Dijo que no parecía un objeto, sino algo más grande.

—¿Qué significaba para él?

Ewan desvió la mirada hacia los estantes, como si las respuestas se escondieran entre los libros.

—No lo sé. La encontré antes de empezar a escribir sin control, antes de que los diarios se volvieran ilegibles. Antes de que dejara de confiar en mí.

—¿Y nunca intentó saber más?

—Lo intenté —dijo en voz baja—. Pero cuando se fuerza una casa, la casa muerde. ¿Cómo hablar con alguien que ya mira desde otro sitio?

Maeve dio un paso.

—Yo sí lo habría hecho.

No quiso atacarlo, pero así sonó.

Ewan respiró hondo.

—Tiene razón.

Ella colocó la piedra sobre la mesa, entre ambos.

—Mi padre dice en la carta que esta piedra lo abrió. Que algo del castillo se activó al tocarla.

Ewan no respondió. Miraba el objeto con el respeto temeroso que se reserva a un bistrú.

—¿Qué ve cuando la mira? —preguntó ella.

—Nada. Pero siento que me llama. Ese es el problema: es una piedra... y sin embargo —se detuvo— me atrae.

Maeve sintió un frío súbito.

—Él habla de la piedra como si...

—Estuviera viva —terminó Ewan.

—No lo sé. Pero deberíamos investigarlo.

Sus miradas se sostuvieron. Ninguno apartó la vista.

Ambos sabían que era importante y que la desaparición de Pádraig Ó Braonáin no fue natural.

Ewan suspiró.

—No sé si puedo ayudarla, pero lo intentaré.

Maeve asintió.

Recogió la piedra y la guardó, como quien se guarda una nota aún sin leer.

—Tal vez haya algo en su diario. En la carta pedía que me lo entregara.

Ewan asintió y salió a buscarlo. La tarde caía como una confesión: lenta, inevitable, llena de cosas no dichas.

Regresó con un objeto envuelto en lino. No necesitó hablar. Maeve, junto al ventanal, se incorporó.

—Le pertenece a usted —dijo.

El paquete pesaba menos que su silencio. Ewan lo sostuvo un instante más de lo debido, como si soltarlo fuera una despedida. Luego lo dejó sobre la mesa y desató la tela sin dramatismos.

Un cuaderno de tapas oscuras apareció: esquinas gastadas, lomo rajado por el uso.

Maeve extendió una mano.

—Debe saber algo —dijo él, sin soltarlo todavía.

Ella lo miró.

—Su padre no era el mismo cuando escribió esto. Ya no escribía para recordar, sino porque no podía evitarlo.

—¿Cree que estaba enfermo?

Ewan soltó un suspiro.

—No lo sé. No me atreví a ponerle nombre. Hablaba solo. O eso creía... hasta que empecé a oír las mismas cosas.

Maeve bajó la mirada al diario. Estaba a punto de abrir una caja sin fondo.

—¿Lo leyó?

—Hasta donde pude. Parecía no terminar nunca, como si se escribiera solo.

—¿Cómo?

—Frasas sin conexión. Palabras que no eran suyas. A veces repetía cosas que yo le había dicho antes. Como si el papel recordara conversaciones que él no escribió, como si añadiera historias sin fin.

El silencio cayó sobre la sala.

Maeve tocó el borde del diario.

—¿Y no pensó en quemarlo?

—Lo pensé —dijo Ewan, con una sonrisa amarga—. Pero habría sido como destruir la llave de la habitación donde se encerró.

Maeve asintió y abrió el diario con cuidado.

La primera página mostraba su letra clara y firme:

“Nada de lo que recuerdes aquí será exactamente como lo viviste. Pero será más verdadero que cualquier otra versión.”

—Gracias por conservarlo —dijo ella.

—No podía deshacerme de él. Solo guardarlo hasta que alguien más lo necesitara.

Maeve cerró el diario. Aún no podía leerlo. No frente a él.

—Si empiezo a parecerme a él, ¿me lo dirá?

—Lo haré —respondió Ewan—. Y si un día no lo hago, es porque me habrá pasado a mí también.

Maeve apretó la mandíbula. Ninguno de los dos sonrió.

Gracias por llegar hasta aquí.

Lo que has leído es solo el primer latido.

Si deseas conocer el resto, puedes seguirme en Instagram o en mi blog.

Algunas historias continúan en otros lugares.

A veces, la oscuridad solo necesita un lector más.

Lola Alarcia

[@lolaalarcia](https://www.instagram.com/lolaalarcia)



Puedes leer más historias en mi blog:

<https://lolaalarcia.infinitosmonos.es>